

Vlady Kociancich

EL SECRETO
DE IRINA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

VLADY KOCIANCICH
EL SECRETO DE IRINA

TUSQUETS
EDITORES

1 LA PLAYA

Fue en la sofocante languidez de aquel mediodía de julio y sus cuarenta grados a la sombra en el hotel de la Costa Maya, cuando Irina presintió con disgusto que la excursión a las ruinas de Chichén Itzá sería inevitable. Durante unos segundos la estremeció una corriente de frío, una partícula de hielo en la esfera marina de calor que contenía a los cinco amigos. Ese toque de alarma inexplicable pasó y se diluyó en el murmullo de las conversaciones.

—Hay que ir... —decía Paul, desganadamente.

—¿Te parece? Yo no... —dijo ella mientras se preguntaba por qué el desasosiego, la pausa interna de un silencio ominoso en mitad de una charla—. Estamos bien acá, mirando el mar. Imposible cansarse de mirarlo. Azul turquesa, arena blanca, nacarada. Debe ser la playa más hermosa del mundo. ¿Del mundo? Como si conociera todas. Qué elogio estúpido.

Bajó la vista, avergonzada de la ansiedad que se transparentaba en el insulso parloteo con que trataba de impedir la excursión.

—Pero tenés razón, es hermosa —le sonrió Andrés—. Parte del lado encantador del México que vimos.

—Ya vimos todo lo que hay. A mí me hubiera gustado ir realmente lejos. Bien lejos. A una playa de Bali, en el

Índico –suspiró Miriam—. Hay esas olas inmensas para hacer surf.

Claudia, acurrucada contra el pecho de Andrés, exclamó: –¡Bali! ¿Vos hacés surf? ¿En serio? ¿Surf? Por favor. No das el tipo, Mimi. Te veo más en rollers por Palermo.

–Claro que no hago surf. Pero una puede tener un sueño, ¿no? Y aprender. En cualquier parte hay instructores de lo que pidas. Y por qué vos...

Andrés la interrumpió.

–Hablemos de Chichén Itzá, quieren.

Se habían reunido para resolver el tema de la excursión bajo el alto dosel de lona cruda que cubría unas colchonetes enormes como camas matrimoniales. Irina reservaba dos de esas carpas a la madrugada. Todavía estaba oscuro cuando bajaba de su cuarto a la playa y las marcaba con toallas, libros y alguno que otro bolso liviano.

–Yo no sé, Paul. Realmente, con este calor... –dijo ya casi arrepentida de sus protestas. No es para tanto, pensó.

Apartó la cara de una de las cortinas del dosel. Largas y finas, flotaban hamacándose sobre ellos al menor soplo de aire. La cortina alzó vuelo, giró, cayó, se le adhirió al pelo mojado. Irina sacudió la cabeza pero la tela resistía, pegoteada al agua de mar y los granos de arena.

–No alcanzo esa cortina. ¿Podrían atarla? –rogó a nadie en particular.

Sentada en una esquina de la colchoneta, con la libreta en que escribía sobre las rodillas y una birrome en la mano, miró de arriba a los amigos amarrados por el sol, exhaustos de nadar, echados boca abajo o de lado sobre esa especie de gran sommier de lujo y esperó ayuda. Reposeras de plástico de tamaño normal unían las dos carpas. La segunda estaba vacía.

Ninguno se movió. Ella tampoco. Había anotado *Chichén Itzá* pero entre signos de interrogación. Si no la interrumpían, a ese breve suspenso en el papel seguiría secretamente otra escritura, la de cada momento de esos días, una forma de hablar para sí en abreviaturas y títulos que sólo ella descifraba. No se había propuesto llevar un diario. La libreta era apenas un íntimo apoyo de certeza, como si buscara retener la sombra que su cuerpo proyectaba en el suelo, como si al darse vuelta esa sombra se desvaneciera en el tiempo de una distracción menor llevándose consigo el reaseguro de su identidad. Nuevamente señaló la cortina.

—No quisiera engancharla con la birome...

Claudia se incorporó a medias, bostezando, pero volvió a apoyarse en Andrés y cerró los ojos. El espeso, ondulante cabello rubio le tapaba la cara. Desde el fondo de esa parva dorada y derramándose que dejaba la nuca al descubierto, contestó:

—Si se rompe, ya la pagamos. *All-inclusive*. Incluidas las cortinas.

Paul se rio. Una risa corta, admirativa, sonsa.

A Irina la apenaba el seguimiento de Paul, cada día con menos disimulo, tras los pasos de Claudia. En la playa, al sol, en el mar, la barrera de simple urbanidad se le hundía como un pie en la arena blanda de la orilla y estaba a punto de derrumbarse, de ceder al deseo, de imponerlo como fuera. La belleza de Claudia lo atontaba. Alta, sinuosa, fuerte, los ojos de un verde azulado, el mismo verde azul cambiante de ese mar acogedor, ojos de un color inusual, de un almendrado sutil que subrayaba con oscuras, sedosas pestañas los rasgos impecablemente trazados.

Claudia insistía.

—Pero qué flojos. Tenemos sombreros, gorras, pantalla solar. Y estamos que sí que no, parecemos un paquete de jubilados.

Aun en mitad de otro bostezo la voz sonó con el íntimo toque de bronce de una campana. Estaba hecha en bronce, Claudia. También su ánimo. Optimista con naturalidad. Todo bien, nada de qué preocuparse.

La mirada doliente de Paul resbalaba sobre ella como una vieja lágrima solitaria, sin conmovier su indiferencia.

—¿Vos querés ir, Claudia? Sí o no.

—Claro que quiero ir. Nos quedan dos días de hotel y ya empiezo a aburrirme. No soy la única. Vamos, sean francos. No hacemos más que nadar, comer, dormir...

Andrés soltó una carcajada.

—Hacemos más que dormir, nena —suavemente le corrió la masa de pelo de la cara, la tomó del mentón y la besó en la boca.

El beso fue lento y muelle. Irina miró a Paul de reojo. Se había echado hacia atrás, tenso de celos, escondiendo su furia tras la cortina voladora del dosel. Dios, qué locura, pensó Irina, Andrés no es tu competencia, es el marido, idiota.

—Exhibicionistas —dijo Miriam riendo mientras se bajaba a la arena—. Puro teatro, ¿no? para mí que en la cama de estos dos no pasa nada.

Era la más joven del grupo. Difícilmente se acercaba a los treinta que, año más, año menos, habían cumplido ellos. Entre los veinte y veintidós, calculaban. Nadie sabía mucho de Miriam, Paul nunca la había mencionado antes aunque fue él quien la incluyó en el viaje a México. ¿Una amiga o la hija de otros amigos? ¿Una de sus alumnas en la Facultad? Ya habían olvidado cómo la presentó. La au-

toridad de Paul, desde los años remotos de la secundaria, no aceptaba preguntas personales. La había traído y basta.

La chica era directa y vivaz. También bonita en su delgadez adolescente, en el corte de pelo negro desflecado y con puntas de erizo violeta en un liso mechón. Miriam y Paul eran la segunda pareja del grupo. Desigual, cruzada de tensiones, ni caricias ni abrazos en público, pero una pareja. Sólo Irina, confesora de Paul a pesar suyo, sabía que no. Sabía que la chica era una muralla juvenil que lo resguardaba de Claudia, de la humillación de un rechazo si se animaba, de la traición a Andrés, su mejor amigo, los dos criados en el mismo barrio y asistiendo a la misma primaria desde el jardín de infantes.

—¿Qué escribís?

Miriam la observaba a través de la cortina que había empezado a enrollar y anudarla a uno de los postes que sostenían el dosel.

—¿Cómo?

—Te veo escribir en esa libreta negra todo el tiempo. ¿Qué escribís?

—Nada importante. Notas. Fechas. Probabilidades. Las horas de excursión a Chichén Itzá, el transporte posible, si lo encargamos —mintió Irina.

Y le mostró la libreta abierta.

Miriam se inclinó sin soltar la cortina. Pasó unas hojas rápidamente, con el desencanto de los chicos que abren un paquete de regalo y encuentran algo que no habían pedido, que no entienden ni les gusta.

—Verdad —dijo y le devolvió la libreta—. Son notas. Pero tan abreviadas que es redifícil de leer, como taquígrafía. ¿Por qué lo hacés?

—Por hábito, creo.

—¿Qué hábito?

Paul intervino.

—Irina es traductora. Los traductores anotan, subrayan, marcan palabras, frases. Acá, sin computadora, usa una libreta. De ahí el hábito, Mimi. Un hábito muy cómodo para nosotros. Ya te dije —siguió, y el tono paternal, de maestro, subió irritado—, ya te dije mil veces que Irina lleva la cuenta de los vuelos, los pasajes, las fechas de salida. Mejor que no pierda esos apuntes, Mimi. Ni el hábito. O estaríamos perdidos.

—¿Perdidos? Por favor. ¿Están tan viejos que necesitan un ayuda-memoria? Sí, me dijiste. Y yo te dije mil veces que no me llames Mimi. Qué manía la de cambiar los nombres y ponerle apodos a la gente. Me llamo Miriam, entendés. No Mi ni Mimi. Igual... Igual es loco. Escribir acá en vacaciones. Sale del agua, viene de caminar y va derecho al bolso con la libreta. Es loco.

Hablaba a borbotones, despectiva, como si Irina no estuviera presente.

—No es loco, Mimi —dijo Claudia enfatizando el *Mimi* con una sonrisa perversa—. Es prudente. Alguien debe ocuparse.

—Irina disfruta la libreta. A cada uno su hábito, Mimi —dijo Andrés y le hizo un guiño a Paul.

—No quiere que la llamemos Mimi —canturreó Paul, devolviéndole el guiño.

Se burlaban a coro. Irina sintió que no era justo. A ella le gustaban las espinas ingenuas de la chica. Los despertaba del sopor estival, de la rutina en que se estaba convirtiendo la semana en el último par de días.

—Sigamos hablando de la excursión —dijo con cierto hastío—. Se nos acaba el tiempo.

Paul miró su reloj.

—Hace demasiado calor todavía. Podemos decidirlo más tarde. A la hora del café. Cuando baje este sol. Si es que baja, por Dios. Yo me voy a nadar. ¿Andrés? ¿Claudia? Vos, Irina. A practicar conmigo. A ver si al fin te saco el miedo al agua. Parece mentira, esta mujer sabe nadar y apenas no hace pie se desespera. Siempre en la orilla. Con las mamás y los nenitos.

—Me gusta la orilla. Y no hay nenitos.

—No te gusta.

—Basta. Dejala en paz, vas a asustarla en serio. No le hagas caso.

—Gracias, Andrés. Por supuesto que ya no le hago caso. Se repite, me cansa y no lo oigo.

La invitación de Paul no incluía a la chica. Las otras se negaron. Paul y Andrés se alejaron charlando. Irina y Claudia se tendieron de espaldas en el espacio libre que dejaban los dos, estirando piernas y brazos, felices de emerger de tanto cuerpo amontonado. Miriam esperó unos minutos. Luego empezó a caminar en la dirección que habían tomado los hombres, sin despedirse de ellas. Enfurruñada y a saltos sobre la arena caliente.

—Como un cachorro atrás del dueño —se rio Claudia—. Qué calor. Nos va a hacer bien un chapuzón en la pileta y después un mojito.

Había dos piletas de natación en la explanada del hotel que daba al mar. Una a pocos metros del restaurante de la planta baja. A partir de las once de la mañana y en un sector de la pileta ofrecían práctica de buceo para principiantes, partidos de voley y sobre una terraza elevada junto al muro de la escollera, clases de salsa con música a todo trapo. Desde esa terraza se divisaba entero el declive en arco

de la playa, las rayas azules de las reposeras, el blanco de las carpas. En primera fila se alineaban las colchonetas con dosel y cortinas de gasa que ahí llamaban *camastros*. Privilegio de los madrugadores, los huéspedes guerreaban por ocuparlas. Anchas, altas, cómodas, tenían el mejor panorama. Era Irina quien las reservaba tan temprano. Dormía poco y mal. Atormentada por las cargas de una pesadilla no soportaba el encierro al despertarse, tenía que salir, salía camino al mar con la primera claridad del día.

En la segunda pileta, a la derecha del sendero que daba a los alojamientos, estaba el bar con sus taburetes de piedra hundidos en el agua.

Irina y Claudia se sumergieron, dieron unas brazadas. Luego, empapadas, se sentaron junto a la barra, pidieron dos mojitos y los bebieron en silencio. Al cabo de un rato y otro pedido de mojitos, Claudia dijo:

—Ahora que estamos solas podés contarme la verdad. ¿Por qué te preocupa tanto la excursión? No es el calor, es otra cosa.

—No me preocupa. Yo pienso que no es necesario. ¿Realmente tenés ganas de asarte en un lugar así? Los buses de paseo salen a las diez treinta de la mañana, supongo que llegamos a Chichén Itzá al mediodía. El horario es raro. En todo. Las actividades del hotel terminan a las cuatro. La hora de más calor.

—Horario mexicano —Claudia alzó el vaso de mojito en un brindis—. ¡Viva México! Si almuerzan a partir de las tres de la tarde... Todo muy loco, diría la Mimi. Pero ya pagamos la excursión. Sería un desperdicio no ir.

Irina asintió. Vagamente. Harta de las indecisiones, de los pros y los contras del paseo.

No era la primera vez en los días de vacaciones en la

playa que discutían la visita a Chichén Itzá. Estaba cerca, a no muchos kilómetros del hotel. Cómo volverse a Buenos Aires sin conocer el sitio histórico que habían visto en fotos espectaculares y videos de Internet, señalado con una aureola de asteriscos en el itinerario, también muy debatido antes de imprimirlo en una hoja de papel A4. La hoja de ruta la cargaba Irina en un bolsito náutico de tela impermeable, junto con los anteojos de sol, la birome, la libreta, el paquete de cigarrillos, el encendedor y unos pesos de moneda local que en el hotel eran perfectamente inútiles. La hoja, manoseada, manchada, quebrada en varios dobleces, ya terminaba su misión, salvo las tres o cuatro líneas de la vuelta.

Llevaban unas dos semanas en México cumpliendo rigurosamente con cada punto de una lista de museos, de pueblos mágicos, de arqueología y folklore. El último punto, esta playa, era el descanso antes de tomar el avión a Buenos Aires. Nadar, caminar, buena comida, largas siestas. Alguien les comentó que las ruinas de Chichén Itzá estaban en el centro de una tierra desnuda, un cuadrado de sol abrasador sin el refugio de la copa de un árbol. Despojado de la frescura que trae el mar, el sitio ardía a esas horas y al riesgo de una insolación se sumaba la escasez de buses disponibles. La advertencia quedó apuntada en la libreta. La escribió y la olvidó.

Ahora se acordaba de ese apunte. También de que en el primer momento, el entusiasmo de los otros la había contagiado. Para ellos era una excursión. Para ella sería, ¿por qué no?, un viaje diferente, exploratorio. Un viaje fuera de las tristezas ya monótonas que había dejado en Buenos Aires pero que aún la perseguían, tenaces y malignas, adhiriéndose como la cortina de la carpa a cada ataque

de recuerdos hirientes. Ir a Chichén Itzá era una aventura que aunque relativamente modesta y sin otro peligro que un dolor la cabeza la sacaría por fin del duelo negro de los últimos meses.

—Un viaje es siempre una aventura —dijo.

—¿Aventura? ¿Qué aventura? Es nada más que un tour con guía. Es solamente hacer algo distinto —decía Claudia—. Y en serio, a mí los mayas me fascinan. A vos no.

—No es obligatorio *fascinarsse*.

—Como el fondo del mar, te dan miedo —Claudia hizo una seña al mozo—. Otro mojito, por favor. Como las víboras. Te vi la cara que pusiste en el Museo delante de la diosa con la pollera de serpientes. Cara de horror. ¿Por qué? Era un vestido muy interesante.

—Me dan asco las víboras. Y Coatlicue es una diosa azteca, no maya.

—Bueno, qué importa. Azteca. Leí menos que vos sobre el asunto pero sé que la serpiente era un bicho sagrado. Y las vemos en todas partes. De piedra, claro, o ya te habrías muerto del susto.

Irina calló. No tenía sentido irritarse de las ironías afectuosas, cada grupo siempre encuentra un blanco donde clavar los dardos del aburrimiento y Claudia era una obstinada tiradora. A veces daba en el centro, como ahora. Era cierto que no conseguía apreciar las culturas prehispánicas en todo su valor. Era cierta la repugnancia que le causaban las víboras, en piedra, en pinturas o vivas cuando había tenido la mala suerte de toparse con una mera culebra de jardín. También cierto que todos, menos Paul, dieran por sentado que su única pasión eran los libros, que sin libros ella no existía, una buena amiga sí, un encanto decían, pero mujer a medias. La otra mitad era papel y letras. «Pregun-

tale a Irina, que lo leyó en alguna parte». El sonsonete era bien merecido. En vez de replicarles con una información debería aprender a cerrar la boca. El impulso inocente de compartir se degradaba a una vulgar pedantería. Pero es verdad, admitió, me falta hablar sola y delirar al viento contando cosas que a nadie le interesan, sola y tediosa como una bruja sin escoba. No era así antes. No lo notaba al menos. Necesitaría corregirme. Por ejemplo, ya mismo, con este tema de los mayas.

—Estoy de acuerdo en que empezamos a aburrirnos. No estaría mal hacer la excursión. —Y añadió improvisando, copiando el tono superficial de Claudia—: ¿Por qué perdernos esa maravilla? Son un misterio de inteligencia, ¿no?, los mayas. Hay que ir. Acá nos vamos a quedar dormidos.

—Y como ya pagamos la excursión y no nos van a devolver la plata también es un derroche. ¿Vas a tomar otro mojito? Yo no, es el tercero, punto. ¿Volvemos a la playa o los esperamos en la habitación?

—La habitación tiene aire acondicionado...

En el sendero de mosaicos que daba a los cuartos, mientras se envolvían en las toallas azules del hotel para secarse, Claudia miraba el mar con pena de abandonarlo.

—Qué mar, ¿no? Cómo lo vamos a extrañar en casa. Esa arena tan blanca. Y el cielo, todo ese cielo azul brillante con las corrientes azul turquesa abajo. Nadar, nadar a cada rato. Es por eso que estamos agotados. Pero qué placer. Qué tentación...

Permanecieron un momento muy quietas frente al kiosco de donde habían retirado las toallas.

—No. Basta de mar —dijo Claudia entre resignada y molesta—. Basta de mar. Al cuarto, vos y yo. ¿Te llamo a la hora en que abre el café? Nos juntamos en el café y decidimos.

–Llamame. Paul y Andrés tienden a olvidarse cada vez que fijan un encuentro.

Pero cuando ya llegaban al marco de césped que bordeaba el camino, al primer cartel de piedra con los números de las habitaciones y las flechas indicadoras, Claudia se detuvo.

–No lo resisto. No puedo. Me voy con ellos. Voy a darme otro chapuzón. El último del día. Perdoname.

–¿Por qué te disculpás? Andá y disfrutalo. Perdón por qué, si no dormís conmigo. Y como dijo tu marido, dormir, lo que es dormir...

Claudia se rio con ganas.

–Es que digo una cosa y en seguida hago otra. Andy jura que tengo un carácter «inestable». Traducido, una histérica.

Al rayo del sol, la espléndida cabellera de Claudia caía en torrentes de agua rubia sobre los hombros bronceados. Pobre Paul, se dijo Irina. Hasta Andrés solía mirarla a veces con un aire perplejo, seguramente preguntándose después de varios años de casados si era posible que lo quisiera una mujer como ella.

Caminó todavía pensando en la obsesión de Paul. De todas las mujeres que no podían evitar mirarlo cuando se cruzaban con él, un hombre joven y muy atractivo en medio de la población masculina del hotel, la mayoría europeos y americanos cincuentones, demasiado blancos y con panza, narices despellejadas, cuerpos de cebras rojas como si el sol caribeño les hubiera cambiado el color de las rayas, de todas esas mujeres, tantas además de su Mimi, Paul se había encaprichado con la única inalcanzable.

–Habitación quinientos tres. Cinco, cero, tres –repitió para no confundirse, como ya le había sucedido, con el bloque donde estaba alojada.

El hotel era inmenso en su anchura, costeaba el mar, se derramaba desde una elevación cubierta de palmeras y buganvillas hasta tocar la arena de la playa. Bloques cuadrados, imitación de casas rústicas, pintados de amarillo pastel, de madera oscura los balcones y las persianas, armaban una reptante doble fila de habitaciones a cada lado del sendero que conducía a las oficinas de recepción, al amplio lobby donde la rusticidad selvática se cortaba de golpe y uno entraba en aquel salón que daba a la calle con el mobiliario y la decoración de este tiempo, un ámbito más propio de algún centro de convenciones ciudadano que de un albergue turístico en la costa de Yucatán.

Cada bloque de habitaciones tenía apenas dos pisos de poca altura. Dispersos en la vegetación, separados por caminitos que se curvaban atrás de manchas de arbustos y de árboles de copas entremezcladas con gruesas raíces desnudas, ramas y troncos envueltos en una red de lianas, los bloques amarillos le daban a Irina la impresión de un cuadro cubista hecho por la naturaleza, un Picasso en delirio tropical.

Esperaba con ansiedad la frescura del cuarto. Pero cuando empujó la puerta y entró, un aire gélido le cortó el aliento. Había dejado funcionando el acondicionador a la temperatura más baja. Corrió a apagarlo y entreabrió la ventana. Luego se sacó la malla, se echó encima la bata del hotel y se acostó en la cama. Ancha, alta como la carpa de la playa pero sin arena, con almohadas y sábanas inmaculadamente blancas. Sobre una funda, la mucama había dejado dos bombones en papel dorado. Comió uno, despacio, saboreando la dulzura almendrada del chocolate, se acomodó en la almohada, cerró los ojos y trató de dormir. No pudo.

De la mesa de luz tomó el libro que estaba leyendo, una novela policial de una autora británica que desconocía. La protagonista era una abogada en lucha contra la burocracia del sistema judicial de Inglaterra. Había marcado con la uña la última página leída, sin señalador a mano le costaba hacerle orejas al papel. El libro no era suyo, lo había sacado de ese kiosco donde les entregaban las toallas, de una caja de cartón en que los huéspedes del hotel abandonaban los best sellers traídos que no querían cargar en la valija. Pero era muy bueno. Encontró la hipócrita línea de la uña. Ah sí, recordó, dejé en la escena en que el hombre acusado de asesinato se tira por una ventana del Ministerio de Justicia.

Diez minutos después, había devuelto la novela a su sitio en la mesa de luz. Era difícil leer con atención en esas vacaciones. Como si el trópico deformara las palabras, como si perdieran sentido. Junto al libro estaba el teléfono. Lo miró, las manos unidas sobre el pecho.

De pronto, en la vastedad de esa cama, se sintió muy sola. Angustiosamente sola. Una desolación que le crispó las manos juntas. ¿Se habría sentido así el suicida de la novela de la inglesa? ¿Tan mortalmente solo que no pudo evitarlo, que no le importó saltar al vacío, destruido el pasado por un crimen, destruido el crimen cometido por su condena, destruido él mismo junto con el futuro? ¿Un salto para librarse del ahogo de esa inhumana soledad?

Abrió las manos y se levantó. Gotas de sudor le caían de la frente sobre los ojos. Las secó con una punta del borde de la sábana. No debió haber corrido los postigos. Por la ventana abierta el horno del mediodía había soplado el fuego de su respiración. Prendió el acondicionador a una temperatura de fresco moderado, cerró la ventana, se quitó

la bata y se puso un short y una remera. Pero mientras se vestía miraba el teléfono.

No podía llamarlo. No después de la violencia del escándalo. Dos meses atrás, en Buenos Aires, estaba segura de que nunca más lo vería. El divorcio, con sus trámites y su papeleo, ya era casi abstracto, un tema de abogados fácil de resolver porque las partes se habían puesto de acuerdo. Pero después de un año de peleas feroces, de reconciliaciones inútiles. Y Leo, su ex marido, ya tenía una nueva mujer. Quizá se casara con ella. Por qué no. ¿De dónde ahora esa conciencia aguda de la soledad, ese hueco de una ausencia sin fondo? ¿Quedaba algo del amor? Lo había querido mientras creyó que él la quería, soportó mientras pudo, la costumbre arrastra las verdades más duras al sótano de la vida cotidiana hasta que una sola, brutal, se alza de golpe y destruye la casa entera del engaño. ¿Extrañaba el engaño? Quizá. La estupidez tiene el atractivo corruptor de la felicidad en su blandura. Increíblemente, se dijo, increíblemente fui yo la que le puso fin y la última frase dicha, atroz, desgarradora, fue mía: «Gracias a Dios que no tenemos hijos».

Pero con el mismo salto a ciegas e imprevisto del hombre condenado en la novela, levantó el tubo del teléfono, marcó el número de la recepción para pedir el tono de las llamadas al exterior. Antes que respondieran, colgó. No sin esfuerzo, con la mano temblando.

Horrorizada del impulso, se dio cuenta de que ya había inventado una excusa: «Disculpame, quería saber si la firma de los papeles es en la segunda semana de agosto o en la primera, como no estoy en el país... ». Era peor que una excusa infantil, era confesarse que lo llamaba para escuchar su voz. Era retroceder al pasado para borrarlo del presente. ¿Desde una playa en México? ¿Después de todo lo que sucedió?

Lágrimas de vergüenza y de dolor habían empezado a brotar otra vez. Dio la espalda al teléfono y salió al balcón para fumar un cigarrillo.

En aquel balcón un jacuzzi ocupaba la mitad de la superficie. El día de la llegada, el jacuzzi instalado ahí la fastidió. La porcelana blanca, la redondez, sugerían el pésimo gusto de un artefacto del baño adornando un jardín. Pero se había acostumbrado y hasta le resultaba simpático, como una de las tantas novedades del lugar. A eso habían venido finalmente, a huir de la normalidad, o lo que consideraban normal en Buenos Aires.

Aunque había sacado al balcón una de las sillas de la mesa del cuarto, se sentó en el borde del jacuzzi. De algún modo, el cenicero puesto en una esquina plana, la malla mojada colgada en la baranda, las sandalias enarenadas en el piso, la botella de agua mineral y un vaso junto a las sandalias, habían convertido al balcón en un pequeño hogar, como se toma posesión de una casa alquilada cambiando las cortinas, metiendo flores en un jarro, retratos de familia sobre un aparador. Ninguna de las habitaciones que ocupaban los otros tenía un jacuzzi en el balcón; había sillas y una mesita baja. No los envidiaba. Por el contrario, se sentía superior. Su balcón era único. Y ella era la única del grupo que había venido sola. Tal vez, pensó, la angustia de la soledad no sea más que eso. Un jacuzzi instalado en un rincón del alma, fuera de lugar y sin uso. Una conciencia de lo irrisorio exagerada hasta la temeridad en un mal momento de la vida, como tantos malos momentos.

Encendió el cigarrillo con el placer de quien recobra su propio territorio, aquí esa especie de glorieta selvática que formaban las anchas hojas de plantas que no conocía, las enredaderas mezcladas con flores húmedas y rojas, los aba-

nicos verdes de las palmas, el grito ronco, casi un ladrido, de aves exóticas en vuelo.

Fumando, esperó la caída del sol, la llamada de Claudia.

Eran más de las cinco y media cuando echó a andar hacia el café, que cerraba a las seis y treinta. Los faroles ya estaban encendidos. No había atardecer acá realmente, no como en Buenos Aires que despliega los cambios de la luz, de la franja rojiza en el horizonte a una púrpura, de la púrpura a un azul oscuro, del azul a una estancia intermedia entre azul y negra con la primera estrella titilante, aislada y orgullosa en el espacio antes de la aparición de otras estrellas en la corte nocturna.

A las cinco en punto el timbre del teléfono la había sobresaltado. Era Claudia. Confirmaba la hora del encuentro y que sí, que los otros ya habían vuelto de la playa. La oyó reír, Claudia le estaba contando algo pero ella no escuchaba, trataba de parar los latidos del corazón traidor que había imaginado otra llamada. No podía seguir así. De todos los males que guardaba la caja de Pandora había uno que no se voló: la esperanza. Un bien ambiguo, un bien dañino. Una ilusión de doble faz que hubiera debido quedarse en la maldita caja.

Basta, se dijo con furia, basta. Y fue a ducharse.

El trayecto entre la habitación y el café le pareció muy largo. O quizá lo estiraban las sombras de la vegetación, ya espesas en la noche prematura y con ligeras pátinas de la luz amarilla de los faroles.

El café estaba a la derecha del camino, recostado contra el declive de una loma, una plataforma circular de madera

a la que se accedía cruzando un puente estrecho de tablas unidas por ganchos de sogas náuticas, copia abreviada, artificiosa, de los puentes colgantes sobre ríos. Menos un café que un bar. Había un mostrador con una máquina de espresso, tazas, masitas y sándwiches en platos pero la línea de botellas —whisky, ron, vodka, vino— era la más solicitada. Atrás del mostrador, dos mozos en traje de etiqueta, camisa blanca almidonada, moño negro en el cuello, rígidos de timidez o incompetencia se aplicaban en disimular el calor sofocante, los mosquitos, cumplían el rito obligatorio y extravagante para ellos de servir copas de alcohol a la hora de su siesta y a turistas de distintos países que las pedían en un español de media docena de palabras enrevesadas o directamente en un inglés que apenas comprendían.

Paul, Miriam, Andrés y Claudia la esperaban sentados en los sillones de mimbre alrededor de la mesa más grande del café.

—Estás preciosa —fue el saludo de Paul, con asombro.

—De veras —dijo Claudia—. Qué bien te queda ese vestido. — Y a todos—: Es una de las compras que hicimos ayer en el pueblito.

—Gracias —dijo Irina.

Si supieran, pensó.

Se había duchado con rabia, se había lavado el pelo como si fuera la primera y última vez. Había elegido deliberadamente aquel vestido sin breteles, de un simple algodón blanco pero tramado con la delicadeza de una gardenia, entre los jeans, las remeras y un sarong desteñido, ropa de playa. Se había maquillado —ya nunca lo hacía— apenas una base, un toque de pintura en los labios, y había recogido el pelo largo, lacio y castaño oscuro un poco más arriba de la

nuca. Aros también, dos argollas pequeñas de plata labrada que vendía el artesano del hotel, y en el escote un prendedor con un delfín en salto. Todo a cambio de un poco de dignidad y mucho por olvidarse de la sucia compasión que sentía por sí misma.

—Llegaste tarde —dijo Miriam—. Ya estuvimos hablando. Ya decidimos. Eso si vos no estás en contra.

—¿Contra qué?

—Chichén Itzá. ¿Por qué llegaste tarde? Sos tan puntual —Miriam frunció las cejas como si la puntualidad fuera el síntoma de alguna peste contagiosa.

Claudia alzó una mano para acallarla. Esta chica, le había confesado a Irina, era insoportable.

—Mimi sufre de incontinencia... —Claudia agitó la mano en el aire— ... agresiva. No, no hay ninguna decisión y nada a favor o en contra de la excursión. Llegamos más temprano, justo vimos a Jean y le hicimos algunas preguntas.

—¿Quién es Jean?

Paul señaló con la cabeza a un hombre que estaba junto al mostrador, de espaldas, pidiendo una bebida.

—Jean. De la escuela de buceo —dijo Andrés en voz baja, discretamente—. Uno de los instructores. El francés, te acordás. ¿No te acordás? Si estuviste hablando con él...

—Ah —dijo Irina—. El francés. No lo reconocí.

Paul se rio.

—Con los trajes de buceo puestos son todos iguales.

—Aunque fueran iguales como los chinos yo no me olvidaría del francés —dijo Miriam—. Es tan lindo que mata.

Claudia cortó las bromas:

—Chino o francés tiene razón. Piensa que no es prudente ir a Chichén Itzá con este calor. Él y su equipo están

acostumbrados al sol. Vos los viste en la playa, siempre andan por ahí. Horas y horas. Piensa que nosotros no. Porque somos la especie que se cría en la ciudad.

—Nos llamó gusanos, pienso yo —susurró Miriam.

—No digas eso, Jean es muy amable. También jura que el sitio no nos va a gustar si nos pescamos una insolación. Y que sería una pena. Que esperemos hasta el próximo viaje, en otro mes.

—Como si uno pudiera ir y venir a cada rato —rezongó Paul—. No hay próximo viaje. Ya fue. Nos quedan solamente dos días. Ellos se vienen por trabajo. Les *pagan* por venir, ganan plata, están instalados en el hotel desde hace años.

Callaron porque el francés volvía a la mesa con un vaso en la mano.

Jean qué, se preguntó Irina. ¿Le habían dicho el apellido? No. Nadie usa apellido en un lugar de vacaciones.

Jean algo. Ahora recordaba la escena, el corto diálogo en francés, la sonrisa que iluminó la cara del buceador cuando ella le respondió en su idioma. Hablaron de puro accidente.

Se habían cruzado en el agua cuando él avanzaba arrastrando su equipo de buceo y ella era empujada por una ola, a ciegas en un torbellino de espuma. Tropezaron. El hombre la había ayudado a levantarse tomándola de un brazo. Se habían reído y habían salido juntos del mar. En la orilla, él le hizo señas a un chico que los miraba desde la veranda de la cabaña, la oficina de la escuela de buceo. El chico entró en la cabaña, salió y corrió hacia ellos con folletos y tarjetas de presentación. La publicidad la divirtió. «Apenas si sé nadar, no me veo buceando», había dicho sonriendo mientras tomaba los folletos y una tarjeta. «Pero gracias, puedo dárselos a mis amigos». Eso había sido todo. No

había vuelto a verlo. La tarjeta con el nombre completo del francés, uno en la lista de los instructores, la tiró al canasto de la habitación. El chico lo había llamado Jean. No recordaba el apellido escrito en la tarjeta. Tampoco era importante.

El francés acercó otro sillón a la mesa, mirándola en silencio. Paul se apuró a presentarlos:

—Irina, Jean. Jean, Irina. Pero ustedes ya se conocen.

El hombre dudó, luego sonrió. Una clara sonrisa. De buen tipo, pensó ella. De tipo sano, por dentro y por fuera, como si el mar hubiera barrido de la piel y todo lo que hay bajo la piel hasta la última impureza. El sol le había dado una mano de barniz al cuerpo delgado pero firme. Tenía líneas blancas de arrugas como pequeños rayos en las comisuras de la boca y alrededor de los ojos, muy azules en contraste con la cara bronceada. Era casi tan alto como Paul, que era el más alto del grupo. Comparados con el instructor, y a pesar de que los días de playa los habían reforzado y tostado, no estaban lejos de la definición de Miriam. Sí, ahí en la playa mexicana tenían algo de gusanos a la brasa siempre en conversación, discutidores y neuróticos. Marca de nacimiento, Buenos Aires. Ni ese mar la borraba.

—Cierto —dijo él con un cortés movimiento de la cabeza, asintiendo—. Es usted que no quiere bucear.

A pesar de las erres gomosas y alguna grieta en la sintaxis su castellano era perfecto. Lo felicitaron, admirados de que un extranjero lo usara mejor que ellos, con esa elegante corrección que no se usa en la patria. Paul le pidió que repitiera su comentario sobre el viaje a Chichén Itzá en ausencia de Irina. Y el francés lo hizo, afablemente, sin presunción, como Claudia había subrayado.

No les aconsejaba el paseo en el horario del hotel. Primero, por el sol. Luego, más serio, porque les habían informado que el día siguiente y sin ningún motivo específico, el transporte habitual estaba reducido a un solo bus. Si el número de huéspedes interesados justificaba el costo, los llevarían, los dejarían un par de horas de visita y el mismo bus los traería de vuelta al hotel. Podrían alquilar un auto pero el precio era exorbitante y no todos los choferes confiables. Ellos, la escuela de buceo, sólo hacían excursiones marinas, en barco, en lancha o en canoa y por los arrecifes.

—Hay otra opción... —dijo, ensanchando la sonrisa que concedía gentilmente un nuevo dato—. Pueden visitar un cenote.

Todos la miraban a ella. Expectantes. Para confirmar y reírse de su sabiduría libresca. Con una pregunta muda y cínica: «¿Sabés qué es un cenote, Irina?».

Claro que sabía. Lo había leído antes del viaje, por supuesto. La palabra *cenote* era una adaptación del maya *Ts'not*. Dos mil quinientos cenotes en México. Pozos a cielo abierto algunos, otros cuevas subterráneas en laberintos de agua cristalina, fantásticamente erizados de estalactitas y estaglamitas, buceadores inexpertos o espeleólogos con exceso de confianza se habían perdido y muerto en uno de esos corredores acuáticos. Como ampollas en la roca, la erosión de las corrientes submarinas desplomaban su frágil cobertura de piedra, creando grandes piletones redondos, algunos casi lagos, en la selva. Tenían millones de años. En una versión no aceptada, se habían originado en la caída de los meteoritos que extinguieron a los dinosaurios.

No abras la boca, imbécil, se dijo.

—No sé —contestó—. ¿Qué es un cenote?